

## Propuesta de Discernimiento LAM.

*“Es un signo lleno de esperanza: en todas partes, la presencia de la Familia Menesiana, interpelándonos con insistencia, se ha revelado como fuente de compromisos nuevos, de progresos audaces y de fecundidad nueva.” (CG 2018 n° 16)*

### CAPÍTULO I VOLVER A LA FUENTE

**Volver a la Fuente** ¿para qué? Porque allí está el agua que da vida. Quienes han hecho la experiencia de caminar bajo el sol tropical del mediodía, conocen bien lo importante que es encontrar un lugar con agua. Es agradable vivir en un lugar así. Es un lugar fresco y atrayente. Allí se oye cantar a los pájaros. En él todo es alegría y fiesta.

La samaritana, caminando hacia la fuente, ¿no encontró *‘el agua viva’*? (Jn 4, 6-14) ¿No fue invitada a recibir, no sólo el agua, sino *‘el Agua viva’*? El agua ya no es *‘algo’*, sino *‘alguien’*: Jesús. *“El que beba del agua que yo le dé, ya no volverá a tener sed.”* (Jn 4, 14)

El Agua viva que nos ofrece Jesús hoy, es inagotable, eternamente fresca, porque mana de su costado atravesado en la cruz (Jn 19, 34), “sana todo lo que empapa y la vida aparece en cualquier lugar al que llega su torrente” (Ez 47, 9). En este sentido, es fuente constante de fecundidad, de fidelidad, de dinamismo, de novedad y de juventud para quienes calman su sed en ella. Eso es lo que quiere recordarnos el Papa Francisco cuando afirma:

*“Cada vez que buscamos volver a la Fuente para recuperar la frescura original del Evangelio, surgen nuevas voces, métodos creativos, nuevas formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de sentido renovado para el mundo de hoy”.*<sup>1</sup>

**Volver a la Fuente**, consiste en hacerse amigo de Jesús cada vez más, de quien se ha hecho ‘uno de los nuestros’ por la encarnación. Dicho de otro modo, en Jesús, Dios se encarna para que el hombre llegue a ser Dios. Jesús es pues el pedagogo de la amistad con Dios.

De hecho, **volver a la Fuente** nos lleva a vivir nuestra amistad con Jesús como nuestros Fundadores, en especial, Juan María de la Mennais. Para lograrlo, el himno cristológico del Apóstol S. Pablo a los Filipenses (**Flp 2, 5-11**) en el que encontramos aspectos esenciales de la espiritualidad menesiana, nos proporcionará algunos puntos de referencia importantes. Así, las raíces del árbol de la Familia Menesiana han de beber en la Fuente de las Aguas vivas, que es Jesús, si es que las ramas quieren conservar toda su lozanía y verdor y seguir dando frutos.

<sup>1</sup> Papa Francisco, Evangelii Gaudium, n° 11.

## 1- Teniendo la categoría de Dios.

*“Cristo Jesús, aun teniendo la categoría de Dios, no se aferró a su categoría divina.” (Flp 2, 5-6)*

Este pasaje precisa la identidad de Jesús. Es Dios y se llama Cristo Jesús. En hebreo, Jesús significa *“Dios salva”*, mientras que Cristo, que corresponde al término griego *“Christos”* o al hebreico *“Maschiach-Mesías”* quiere decir *“ungido, consagrado, seleccionado para ser enviado”*. ¿Qué viene a realizar el que es *El Enviado* de Dios? Al contrario de quien retiene egoístamente su categoría y sus privilegios, Jesús se entrega, se da por puro amor. Al hacerlo, nos revela la verdadera esencia que reviste el Evangelio de Juan cuando Jesús dice a Nicodemo: *“Dios amó tanto al mundo, que le entregó a su Unigénito, para que quien crea en Él no se pierda, sino que alcance la Vida Eterna.”* (Jn 3, 16)

Cristo Jesús, el Enviado del Padre, viene a introducirnos progresivamente en la lógica del don. También, por sus palabras y por su testimonio de vida, ¿no nos está invitando a dar nuestra vida como el grano de trigo que cae en tierra y que acepta morir para dar fruto? (Jn 12, 24). Lo que vuelve fecundo y duplica el valor del don es el amor: *“No hay amor más grande, que dar la vida por los que se ama.”* (Jn 15, 13) Con su vida, su muerte y su resurrección, Jesús nos enseña que todo lo que no se da, se pierde. Así, toda su persona es don, ofrenda y eucaristía. *“Ser discípulo de Cristo Jesús, es llevar en sí las disposiciones, ese estado de espíritu, esa mentalidad de recepción del don, lejos de cualquier acaparamiento.”*<sup>2</sup>

En respuesta al ejemplo del Maestro, los cristianos, - hombres y mujeres, jóvenes y adultos - han aprendido a darse. Ayer, algunos entregaron su vida a Cristo. Al diácono Esteban, le lapidan por fidelidad a su Fe cristiana (Hch 7, 58-60). Ignacio de Antioquía acepta ir a Roma para ser pasto de las bestias, para convertirse en pan immaculado de Cristo.<sup>3</sup> Bajo el emperador Marco Aurelio, Blandine de Lyon, una joven esclava, nacida hacia 162, fue degollada en agosto de 177 por un verdugo por negarse a renunciar a su Fe. Aún hoy, son numerosos los que continúan derramando su sangre por la causa de Jesús. Ése es el caso - entre otros - del Padre Jacques Hamel. En efecto, el 26 de julio de 2016, dos terroristas, que se declaran pertenecientes al estado islámico, entran en la iglesia de S. Esteban de Rouvray y degüellan al sacerdote durante la celebración eucarística. El 14 de septiembre de 2016, el Papa Francisco, en la fiesta de la Cruz, admitiendo que el Padre Jacques Hamel forma parte de la cadena de mártires, sacó a la luz la fuerza de su testimonio. El Padre Jacques Hamel *“dio su vida por nosotros, dio su vida por no renunciar de Jesús. Dio su vida junto al sacrificio mismo de Jesús en el altar.”*<sup>4</sup>

<sup>2</sup>Suplemento de “Cahiers Évangile” n°164, L’hymne aux Philippiens, p. 14

<sup>3</sup> S. Ignacio de Antioquía, Carta a los Romanos.

<sup>4</sup> Papa Francisco, Homilía del 14 de septiembre de 2016.

¿Qué nos propone Juan M<sup>a</sup> de la Mennais para vivir hoy la lógica del don, a ejemplo de Jesús y de los Mártires de la Iglesia? Lo primero, nuestro padre nos invita a tomar ejemplo de la actitud del Hijo Enviado: *“¿Qué vocación tan sublime! ¡La misma que la de Cristo! Él no dejó el seno del Padre más que para hacer lo que vosotros deberéis hacer a ejemplo suyo.”*<sup>5</sup> ¿Qué hizo Él? Dio su vida por anunciar la Buena Noticia a los pobres, por liberar a los cautivos, por curar a los enfermos y por manifestar su ternura de Padre de los afligidos (Lc 4, 18). Seguidamente, Juan M<sup>a</sup> de la Mennais nos exhorta a imitar su disponibilidad para aprender a ponernos a la escucha del Hijo, mientras estamos dispuestos - con alegría y amor - a hacer lo que Él nos diga. Luego, nos invita a no desear más que una cosa: no oponer la menor resistencia a lo que el Señor nos pida y entregarnos por completo a Él.<sup>6</sup> Finalmente, nuestro Fundador, nos anima a que seamos mujeres y hombres según el corazón de Dios, es decir, Laicos y Hermanos *“celosos, dispuestos a emprender todo y a sufrirlo todo para sembrar su palabra, extender su reino y encender en el mundo el fuego divino que Jesucristo vino a traernos”*.<sup>7</sup>

Cuando el último Capítulo General *“compromete a cada Hermano y a cada Comunidad a vivir cada día más “En modo Familia Menesiana” (nº 16) quiere invitarnos - sin duda - a que acojamos entre nosotros a Jesús, enviado del Padre, que se ha entregado a nosotros emprendiendo el camino de la disponibilidad. ¿Quién mejor que María ha seguido a su Hijo cada día más de cerca en esta lógica del don de uno mismo? En efecto, después de haber acogido en sí misma a Jesús, - el don por excelencia - se pone en camino para ir a servir a su prima Isabel. Con ello, lejos de encerrarse en sí misma, se convierte en mujer para los demás. Nos lo explica muy bien el P. Peter-Hans Kolvenbach, antiguo Superior General de los Jesuitas: “La gracia de la que está llena María, la lleva fuera de sí misma, fuera de su vida de todos los días, le hace emprender camino hacia la montaña y convertirse - en el nombre del Señor - en ‘mujer para los demás’, ... Su prisa por salir de sí misma, a dejar su entorno, la alegría que salta de ella en su encuentro con Isabel, son el acompañamiento natural que viene de lo alto. Quien está poseído del amor de Dios, se siente llevado a encarnarse aquí y ahora”*.<sup>8</sup>

## 2- Tomando la condición de esclavo.

*“Pero Cristo-Jesús, se anonadó, tomando la condición de esclavo, haciéndose semejante a un hombre cualquiera.” (Flp 2, 7a).*

El apóstol Pablo presenta a Cristo como el Servidor. En Él, Dios se pone al servicio del hombre. Se anonada libremente. Se descentra de sí mismo para servir mejor a su criatura. Renuncia a su condición: no se aferra con avaricia a su rango, que le hace igual a Dios. (Flp 2, 6) Desciende a lo más bajo de la escala aceptando hacerse siervo. En el vocabulario hebreo existe una sola palabra para designar a siervo y a esclavo: *“ebed”*. Lo mismo ocurre con el griego: *“doulos”*. En Jesús, Dios se hace nuestro esclavo, pero libremente y por amor. De esta manera, se hace pobre entre los pobres. Éste es el significado fundamental del gesto de Jesús la víspera de la pasión, lavando los pies a sus discípulos (Jn 13, 1-5).

<sup>5</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 525.

<sup>6</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, CG I, 127.

<sup>7</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 549-550.

<sup>8</sup> P. Hans-Peter Kolvenbach, Carta a la Compañía de Jesús, marzo de 1998.

Gran maravilla de amor: Dios se pone de rodillas ante nosotros para lavar nuestros pies. En efecto, el acto de Jesús es un ejemplo que - a la vez - llama y cuestiona.

*“Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Para que, ejemplo os he dado, vosotros también hagáis como yo he hecho. En verdad, en verdad os digo: el siervo no es mayor que su señor, ni el mensajero, mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas y las hacéis, seréis bienaventurados” (Jn 13, 14- 17).*

Con este gesto, Jesús instituye una nueva bienaventuranza: la del maestro que sirve y que invita a sus amigos a hacer otro tanto a ejemplo suyo. Da la vuelta a la costumbre judía que quiere que el discípulo se ponga al servicio de su maestro, lavando Él mismo los pies de los que ha escogido para estar con Él. Cambia con ello su relación para convertirlos en amigos, porque les ha dado a conocer todo lo que ha escuchado del Padre (Jn 15,15). Un Maestro, siervo y amigo a la vez. Así cumplía su verdadera misión: no ser servido sino servir y dar su vida en rescate por la multitud (Mc 10, 45). En este sentido la revolución que trae Jesús *“se hace patente en una nueva disposición de espíritu que pone por delante el servicio al otro de forma radical”*.<sup>9</sup>

La Iglesia, desde sus comienzos, ya tomó en serio esta llamada de Cristo, a vivir la bienaventuranza del servicio. Para ella, servir al prójimo es una pedagogía concreta para expresar su amor a Dios. Lavar los pies al hermano, es devolverle toda su dignidad de imagen de Dios. Desde muy pronto, se instituyó el ministerio de los diáconos, cuya labor primordial era presidir el servicio de la caridad (Hch 6, 1-7). Los Apóstoles y los Padres de la Iglesia han mantenido siempre viva la llama del servicio en el corazón de los cristianos. *Aphraate ‘el sabio’* que vivió en la primera mitad del siglo IV en la región de Nínive, el Mossoul del actual Irak, señala la humildad como la virtud que ayuda al discípulo a servir siguiendo el ejemplo del Maestro. Gracias a ella, el cristiano, como un árbol bueno, puede dar frutos que

agraden al Señor. *“Si la raíz del hombre está plantada en tierra, sus frutos suben hasta el Señor de la grandeza”*.<sup>10</sup> Benito de Nursia, fundador del monaquismo de Occidente, concibe la Vida Monástica como una *“escuela para aprender a servir al Señor”*.<sup>11</sup> Aplicándose a ello, el monje logra ser un discípulo del Cristo humilde que lava los pies a sus co-hermanos.

En cuanto a Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, él define la humildad como un camino de doble sentido: en Jesús, Dios la toma como el camino para venir a vivir con nosotros y ella a su vez nos conduce hacia Dios. Esta virtud es la que nos configura con Cristo y nos hace participar en la vida de Dios, que es, ante todo, un hacerse al lado para que el otro pueda existir:

*“La humildad es la más necesaria, ya que es el fundamento de todas las demás virtudes, y no se puede - sin ella - tener ningún rasgo de semejanza con Jesucristo, cuyo nacimiento, vida y muerte no fueron más que - por así decirlo - un gran acto de humildad”*.<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Camille Focant, Carta a los Filipenses y a Filemón, Cuadernos de Evangelio nº 188, p. 28.

<sup>10</sup> *Aphraate 'el sabio'*, Exposición 9-14.

<sup>11</sup> S. Benito, Regla, Prólogo 45.

<sup>12</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 649.

De hecho, imitar la humildad de Cristo es el fruto de esa sabiduría adquirida en contacto con su misma vida, que nos educa en el 'saber-hacer' del Hijo. Eso se traduce en proximidad, sencillez, transparencia, bondad, disponibilidad y servicio humilde.

La humildad nos despoja del hombre viejo para revestirnos de Cristo y hacernos discípulos del Maestro: amigo y siervo, como Juan M<sup>a</sup> de la Mennais recordaba a las Hijas de la Providencia:

*"Las Hermanas se acordarán de las palabras y de los ejemplos de Jesucristo y de los Santos. Ellas nos enseñan que el cristiano debe anonadar en sí al hombre viejo, para convertirse en una nueva criatura en Dios; rebajarse para ser elevado; pudrirse en tierra para germinar y crecer: en una palabra, pasar humildemente por la destrucción del hombre terrestre para entrar en la gloria del hombre celeste".<sup>13</sup>*

A imagen del grano de trigo caído en tierra, esta virtud florece en nuestra vida cuando aceptamos morir con Quien entregó su Vida, cuando nos vemos como 'los últimos de todos', como 'abortos' (1 Co 15, 8).

Gracias a la humildad no formamos más que uno con Cristo. Vive en nosotros y nosotros vivimos en Él. Cuanto más progresamos en la humildad, más nos adentramos en su intimidad y, más también, sus sentimientos, sus deseos, sus pensamientos y sus acciones se convierten en nuestros criterios de referencia y de decisión.<sup>14</sup>

La humildad es la fuente que da fecundidad a nuestro apostolado. *"Todo el éxito de nuestros trabajos depende de los progresos que hayamos hecho en la humildad".<sup>15</sup>* Ella es la que nos permite contar, no con nuestras fuerzas humanas, sino con el Señor que quiere llevar a cabo en nosotros y a través de nosotros, grandes cosas. De este modo podremos convertirnos en verdaderos discípulos misioneros del Cristo servidor, capaces de borrarlos a nosotros mismos ante el Maestro que tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68), de ser de nuevo 'Juan El Bautista' que grite en el desierto y que pide que preparemos el camino del Señor (Jn 1, 23).

Juan M<sup>a</sup> de la Mennais no se contentó con animarnos a ser humildes, sino que lo vivió él mismo en su día a día. Toda su vida prolonga - a su manera - la humildad de Jesús. A este respecto, Mgr. Laveille nos ha dejado una magnífica síntesis de su vida:

*"Este hombre, distinguido por su nacimiento, nacido en la riqueza, acostumbrado a tratar con los espíritus más cultivados de su tiempo, llamado, desde el principio de su carrera a los cargos eclesiásticos más brillantes, se confinó a sí mismo en el centro de Bretaña, en una comarca apartada y - en aquella época - casi inaccesible. Allí, se rodeó de jóvenes campesinos incultos y - a costa de mil sacrificios - se dedicó a instruirlos, no para ponerlos a su nivel y hallar en ellos, después de algunos años, hombres capaces de pensar y sentir como él, sino para darles la cultura rudimentaria de maestros de escuela de pueblo. Para poder ejercer, hasta su edad más cumplida, el papel de modesto catequista y de pedagogo, ... renunció a las satisfacciones intelectuales más elevadas y - de alguna manera - se mantuvo en la clase más modesta y*

*permaneció hasta su final, al menos para las tareas más ordinarias, como 'el pequeño ignorante bretón'".<sup>16</sup>*

<sup>13</sup> Marcel Doucet, Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, Antología, p. 227.

<sup>14</sup> Philippe Friot, Espiritualidad de un hombre de acción, p. 258.

<sup>15</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 650.

<sup>16</sup> Mgr. Laveille, citado por el H. Philippe Friot, Espiritualidad de un hombre de acción, p. 85.

Si queremos vivir cada día más *"En modo Familia Menesiana"*, debemos esforzarnos día tras día en alcanzar la forma de Cristo, el humilde Servidor. A ejemplo suyo y siguiendo su invitación, ¡aprendamos a quedarnos en el último asiento! Acojamos la gracia de ser servidores desconocidos (Lc 17,10). Dedicuémonos a lavarnos mutuamente los pies. Imitemos la generosidad del Maestro que se hizo nuestro servidor para lograr ser nuestro amigo, nuestro hermano. ¡No tengamos miedo de ponernos de rodillas ante nuestras hermanas y hermanos para servirles!

### 3- Haciéndose obediente hasta la muerte.

*"Reconocido como hombre por su aspecto, Cristo Jesús, se rebajó, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz." (Flp 2, 7b-8)*

Pablo sitúa la obediencia de Jesús en un único movimiento de anonadamiento, pero en dos momentos: primeramente, la Encarnación y luego la muerte en la cruz. En efecto, el Hijo de Dios, se encarna libremente para convertirse en nuestro hermano. Por amor, acepta morir para devolvernos nuestra dignidad filial. Más fuerte aún, ¡muere en la cruz!: 'escándalo para los judíos y locura para los paganos' (1 Co 1, 23). En la Carta a los Hebreos, en el capítulo 10, el autor pone de relieve la unidad fundamental que una misma obediencia instituye en la Encarnación y la Redención. Para él, la venida de Jesús en nuestra carne se inscribe en su deseo de hacer la voluntad del Padre: *"Así, al entrar en el mundo, Cristo dijo: No has querido ni sacrificios ni ofrendas, pero me has dado un cuerpo, ... Entonces yo digo: Heme aquí, aquí estoy - Dios mío - para hacer tu voluntad"* (Hch 10, 5-7). Su muerte en la cruz libremente aceptada, prolongación de su anonadamiento, nos vale la redención, gracias a la ofrenda de su cuerpo una vez por todas (Hch 10, 10).

*"Obedecer hasta la muerte y muerte de cruz"* (Flp 2, 8). ¡Un largo combate y un laborioso aprendizaje para Jesús! En el desierto, el diablo le condujo a una montaña alta y le hizo ver todos los reinos del mundo, con toda su gloria y le ofreció: *"Todo esto te daré si te postras ante mí y me adoras."* (Mt 4, 8) Pero Jesús reusa su propuesta poniéndole en su sitio: *"¡Vete de mí, Satanás! Porque está escrito: ¡Sólo a tu Dios adorarás y a Él solo servirás!"* (Mt 4,10). De este modo Jesús opta por la obediencia a la voluntad de Dios que consiste en ponerse de rodillas sólo ante Dios. Durante la pasión, en el Monte de los Olivos, Jesús ora - con insistencia - a su Padre y le expresa su miedo a la muerte, a la vez que renueva su disponibilidad para hacer su voluntad (Mt 26, 39-42).

Obedecer y morir a sí mismo son dos exigencias para ser discípulo de Cristo. Ésa es la convicción del evangelista S. Lucas cuando afirma: *"Quien quiera seguirme que renuncie a sí mismo, que tome su cruz de cada día y que me siga. Porque quien quiera salvar su alma, la perderá, pero el que pierda su vida a causa de mí, se salvará."* (Lc 9, 39-42). En este sentido, seguir a Jesús, renunciar a sí mismo, tomar la cruz, son otros tantos gestos que expresan nuestro deseo de morir a nosotros mismos a fin de ser todo de Cristo, cuyo

alimento es cumplir la voluntad del Padre (Jn 4, 34). Al hacer esto, ya no vivimos como enemigos, sino como amigos de la cruz de Cristo (Flp 3, 18).

Desde los comienzos de la Iglesia, la obediencia y la Cruz han ocupado un lugar central en la fe cristiana. Basta con recordar la respuesta de Pedro y de los Apóstoles ante el Sanedrín: *“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”* (Hch 5, 29), cuando se les apalea y se les prohíbe hablar en nombre de Jesús. ¿No regresaron luego felices de haber podido sufrir algo por Cristo (Hch 5, 40-42)? S. Jerónimo, nacido en 347 y fallecido en el 420, fue el traductor de la Biblia al latín, - que conocemos como ‘La Vulgata’. Para él, la obediencia es la virtud más elevada y la más agradable a Dios.<sup>17</sup> En cuanto a S. Benito, insiste en la escucha a los hermanos, especialmente a los más jóvenes porque *“muy a menudo, el Señor descubre a un hermano más joven lo que es lo mejor”*.<sup>18</sup>

Ignacio de Loyola,<sup>19</sup> (1491-1556), Fundador de los Jesuitas, evoca dos etapas en el discernimiento de la voluntad de Dios, lo que él llama: los tres grados de humildad. Pero hay que entender bien este término. Para nuestro autor, es humilde quien se reconoce dependiente de Dios y que está convencido de que su salvación, su dicha, está ligada al cumplimiento de lo que está en conformidad con la voluntad del creador. El primer grado de humildad consiste en rebajarse tanto como sea posible y necesario para buscar y llevar a cabo todo lo que agrada al Señor. En cuanto al segundo grado, más perfecto que el primero, trata de adquirir la indiferencia que le hace a uno disponible para acoger la riqueza o la pobreza, los honores o el desprecio, la salud o la enfermedad, el éxito o el fracaso, con tal de que ello conduzca a amar más al Señor y a unirnos a Él. El tercer grado engloba a los dos primeros y lleva a hacer de Cristo el centro absoluto y la significación total de la vida. Lo que verdaderamente importa es estar con Cristo en la pobreza, en los insultos, en los éxitos, en la gloria y en todo. Por su causa, aceptamos perderlo todo para alcanzar un solo premio: ser de Él (Flp 3, 8).

Orígenes, nacido en Alejandría en 185 y muerto en Tiro - región del actual Líbano - en 253, presenta la cruz como el camino que debe emprender el cristiano si quiere que su vida sea ‘ofrenda agradable a Dios’. *“Si renuncio a todo lo que poseo, tomo mi cruz y sigo a Cristo, ofrezco mi holocausto sobre el altar de Dios, si entrego mi cuerpo a las llamas y tengo caridad y acepto la gloria del martirio, ofrezco mi holocausto sobre el altar de Dios”*.<sup>20</sup> Por su parte, Tertuliano, ‘el africano’ nacido en Cartago a finales del siglo segundo, subraya la fecundidad de la cruz: *“La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”*.<sup>21</sup>

Benedicto XVI presenta la cruz como una manifestación del poder del amor de Dios que salva al hombre: *“El ‘escándalo’ y ‘la locura’ de la Cruz se encuentran precisamente en el hecho de que allí donde parece no haber más que fracaso, dolor y derrota, justo allí se encuentra todo el poder del Amor de Dios, porque la cruz es expresión de amor y el amor es el verdadero poder que justo se revela en esta aparente debilidad”*.<sup>22</sup>

Abandonándose a la voluntad del Padre, el Crucificado, expresa la sabiduría, porque nos revela lo que Dios es, el poder del amor que lleva hasta la Cruz para rescatarnos. Dicho de otro modo, el Cristo que Dios ha identificado con nosotros pecadores (2 Cor 5, 21), murió por nosotros (2 Cor 5,14). En su persona, Dios nos reconcilia con Él al ignorar nuestros pecados (2 Cor 5,18-20).

<sup>17</sup> S. Jerónimo, Homilía de la obediencia, CCL 78, 552.

<sup>18</sup> S. Benito, Regla, 3,3.

<sup>19</sup> S. Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, Segunda Semana, p. 165-167.

<sup>20</sup> Orígenes, Homilía sobre el Levítico, 9,9.

<sup>21</sup> Tertuliano, Apologética, 50,13.

<sup>22</sup> Benedicto XVI, Audiencia general, 29 de octubre de 2008.

Juan M<sup>a</sup> de la Mennais define la obediencia como un camino de abandono en Dios y una renuncia a sí mismo. Para él, Jesús crucificado es el modelo perfecto. Ése es el sentido de su exhortación al H. Ambroise Le Haiget:

*“Me gustaría verte más resignado a la santa voluntad de Dios y más deseoso de volverte semejante a Cristo crucificado. No encontrarás la paz del alma y no sentirás alegría en tu corazón más que cuando llegues a alcanzar las santas disposiciones de abandono en Dios y de renuncia a ti mismo.”<sup>23</sup>*

Si queremos vivir en paz y conocer la alegría del corazón, el itinerario que nos brinda nuestro Fundador es el de la disponibilidad para hacer la voluntad de Dios, incluso si debemos pasar por la cruz. Como conoce las dificultades del recorrido, nos ofrecerá una metodología para seguir adelante. Nos aconseja que seamos mujeres y hombres de buena voluntad, a ejemplo de los pastores dispuestos a ponerse en camino para ir a buscar al que acaba de nacer. Nos recomienda perdernos en Dios, dejarnos llevar hasta en las cosas más pequeñas, caminar siempre a la luz de su rostro y adquirir la dichosa y santa costumbre de ver a Dios y de no ver más que a Dios en todo.<sup>24</sup>

Para exhortarnos a ser obedientes hasta la muerte y muerte de cruz si hiciera falta, a ejemplo de Jesucristo, Juan M<sup>a</sup> de la Mennais desarrolla toda una espiritualidad de la Cruz. Primeramente, la cruz es el lugar de nuestro nuevo nacimiento. Unidos a Jesús crucificado, aprendemos a vaciarnos de nosotros mismos para convertirnos en criaturas nuevas en Cristo. Si acogemos y aceptamos la Cruz, ella será capaz de purificar nuestros afectos terrenos, nuestros sentimientos de vanagloria, de curiosidad, de concupiscencia y de mundanidad. Nos anima a no ser sabedores más que de una cosa: *“Jesús y Jesús crucificado, que nos desprecien, o nos insulten, que nos persigan, poco nos importa o, más aun, tenemos que alegrarnos cuando esto ocurra”*.<sup>25</sup>

Además, la Cruz es el lugar donde aprendemos, a su vez, a amar a Dios y al prójimo con amor incondicional. Contemplando *“la caridad crucificada”*<sup>26</sup> aprendemos a responder como Jesús, al insulto, a la ingratitud y al escarnio, con el perdón. Fortalecidos con esta experiencia espiritual, evitamos cascar la caña quebrada y a no hacer daño a quienes nos han ofendido gravemente.<sup>27</sup>

Finalmente, la Cruz es un maestro de vida porque ella *“encierra todo lo que debemos saber y nos revela lo que debemos practicar”*.<sup>28</sup> Cuanto más contemplemos y más practiquemos lo que nos enseña, tanto más acertaremos a dar unidad a nuestra vida y a vivir lo que nuestra inteligencia ha comprendido y nuestro corazón ha amado.

<sup>23</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, Carta al H. Ambroise Le Haiget, 9 de febrero de 1837.

<sup>24</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S I, 111.

<sup>25</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 655.

<sup>26</sup> Marcel Doucet, Juan M<sup>a</sup> de la Mennais. Antología, p. 57.

<sup>27</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, Carta al H. Lucien Deniau, 7 de junio de 1843.

<sup>28</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 505.

Vivir cada día más *“En modo Familia Menesiana”* es aprender a ponernos juntos a la escucha del Espíritu para discernir la voluntad de Dios para todo el cuerpo que formamos entre todos. Es también acogerla incluso si eso nos pide que pasemos por la cruz. Es adquirir progresivamente la gozosa y santa costumbre de ver a Dios y no ver más que a Dios en todo. Es aceptar la purificación permanente que las cruces pequeñas o grandes de cada día, operan en nosotros. Es ir - día tras día - a la escuela de Jesús crucificado, porque Él es el único capaz de enseñarnos la lógica del amor gratuito y desinteresado, del perdón y de la coherencia de vida.

#### 4- Exaltado por Dios.

*“Por eso, Dios le exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre.” (Flp 2,9)*

Pablo saca a la luz la glorificación de Cristo por el Padre: *“Dios lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre.”* ¿Qué nos quiere decir con eso? Con esta afirmación, el Apóstol nos revela la gloria pascual de Cristo<sup>29</sup> que, después de su muerte, se presenta de nuevo con el esplendor de su majestad divina. Por otra parte, en la tradición bíblica, el nombre expresa la esencia y la identidad de la persona. Revela su realidad íntima y más profunda. A su Hijo, que por amor se hizo *“obediente hasta la muerte y muerte de cruz”* (Flp 2,8), el Padre le confiere una dignidad incomparable, el nombre por excelencia, el de “Señor”, *“Jesucristo es Señor”* (Flp 2,11).

La gloria que el Hijo recibe del Padre (Jn 8, 54), pasando por la muerte y la resurrección, se nos ofrece para compartirla con nosotros. *“De la misma manera que la serpiente fue elevada por Moisés en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea elevado para que, en Él, todo hombre que crea alcance la Vida Eterna”* (Jn 3, 14-15). Lo que constituye la gloria del Padre y del Hijo, es que demos mucho fruto (Jn 15, 8). Esta fecundidad sobreabundante no es otra que la vida eterna. De este modo, por el Cristo resucitado, Dios nos da en herencia la Vida en plenitud. Al ser discípulos de quien recibió el nombre sobre todo nombre, el de Señor, pertenecemos - de ahora en adelante - a la familia de los santos (1 P 2,9) y al pueblo de los bienaventurados (Mt 5, 1-12). *“En el fondo, la santidad consiste en asociarse a la muerte y a la resurrección del Señor de manera única y personal, en morir y en resucitar constantemente con Él”*.<sup>30</sup>

Antes de su pasión y su resurrección, durante la gran plegaria sacerdotal, Jesús pide al Padre que sus discípulos permanezcan con Él y que contemplan su gloria, la que Él le ha dado antes de la creación del mundo (Jn 17, 24). Queriendo dar continuidad a esta intercesión de Cristo, la Iglesia no ha cesado nunca de acompañar a los cristianos en el

camino de la santidad. Así, S. Ireneo de Lyon (130-202) meditando sobre la bienaventuranza de los corazones puros, exhorta a sus fieles a que respondan a su vocación: la de ver a Dios.

<sup>29</sup> Benedicto XVI, Catequesis sobre el himno de la epístola a los Filipenses, del 26 de octubre de 2005.

<sup>30</sup> Papa Francisco, Gaudete et Exultate, n° 20.

*“Bienaventurados los corazones puros porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8) De la misma forma que los que ven la luz están en la luz y participan de su esplendor, los que ven a Dios están ya en Dios y participan de su gloria, esplendor vivificante y por tanto los que ven a Dios tendrán la Vida ... No hay vida si no es participando de Dios y esta participación de Dios consiste en ver a Dios y en gozar de su bondad. La Gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es ver a Dios.”<sup>31</sup>*

S. Atanasio de Alejandría concibe la santidad como una divinización del hombre hecha posible por la Encarnación, la Muerte y la Resurrección de Cristo. Gregorio Nacianceno precisa qué es la búsqueda por ser como Cristo, que *“tomó sobre sí lo peor para regalarnos lo mejor que Él lleva en sí”*.<sup>32</sup> Gregorio de Nisa la define como la plena realización del hombre al hacerse semejante a Dios que es justo, santo y bueno, al ser tan perfecto como el Padre.<sup>33</sup>

Juan M<sup>a</sup> de la Mennais entiende la santidad como una configuración con Cristo Jesús. *“Ninguno de nosotros entrará en el seno del padre si no ha llegado a conformarse con la imagen de su Hijo”*.<sup>34</sup> Para él, Jesús es el camino que nos lleva a compartir la Gloria del Padre. Pero ¿cómo configurarse con Cristo? Para lograrlo, nuestro Padre Fundador nos propone que hagamos del Hijo nuestra referencia central en nuestra vida.

*“Cuando Dios dice que quiere nuestra santificación, es como si dijera que quiere encontrar en nosotros las perfecciones de su Hijo, que nos revistamos de alguna manera - tanto cuanto nos permita nuestra humana debilidad - de Jesucristo; como dice el Apóstol, que sigamos a Jesucristo en todos sus caminos, que juzguemos todas las cosas como Él las juzga, que amemos lo que Él ama, que despreciemos lo que Él desprecia y que odiamos lo que Él odia. En una palabra, que todos nuestros pensamientos sean conformes a los suyos y que seamos su imagen viva”*.<sup>35</sup>

Emprender este camino de santidad indicado por Juan M<sup>a</sup> de la Mennais es dejar florecer en nuestra vida la gracia del bautismo en toda su plenitud. En efecto, en nuestro bautismo, Dios nos revistió de santidad y nos marcó con su sello.<sup>36</sup> En este sentido, la consagración bautismal nos configura en Cristo rey, sacerdote y profeta. Como rey, participamos en el ejercicio de su caridad hacia los hombres. Como sacerdote, ofrecemos nuestra vida por la redención del mundo. Como profetas, trabajamos con celo por la gloria

<sup>31</sup> S, Ireneo, Adversus Haereses, 4, 20, 5, 7.

<sup>32</sup> Gregorio Nacianceno. Discursos. 1, 5; SC 247, p. 78.

<sup>33</sup> Gregorio de Nisa, Sobre la oración dominical 2, PC 44, 1145 ac.

<sup>34</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 497.

<sup>35</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 631-632.

<sup>36</sup> Marcel Doucet, Juan M<sup>a</sup> de la Mennais. Antología, p. 280.

Vivir cada vez más *“En modo Familia Menesiana”* es aprender, día tras día, a amar como Jesús amó, a seguirle en todos sus caminos y a ser su imagen viva; es ejercitarse en pronunciar cada día el Sí del hijo, que nos hace entrar en la plenitud de Dios (Ef 3, 19); es entrenarse en perfeccionar diariamente la huella divina recibida en el bautismo; es dejar a Cristo crecer en nosotros hasta alcanzar el estado del hombre perfecto (Ef 4, 13).

## 5- En el nombre de Jesús.

*“... para que, al nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en la tierra y en los infiernos...” (Flp 2, 10).*

Después de su muerte y resurrección, el Padre da a Cristo Jesús Nombre nuevo. Él es el Señor. El Apóstol Pablo subraya su soberanía: al nombre de Jesús, todo se inclina en el cielo, en la tierra y en los infiernos. De este modo: *“Cristo se hace digno del homenaje de la creación entera, porque permite a Dios revelarse como Padre cuando pone nombre a Aquél en el que reconoce su imagen plena”*.<sup>37</sup>

Invocar el nombre de Jesús es - a la vez - una oración y una profesión de Fe. El propio Jesús nos asegura: *“El Padre nos concederá todo lo que pidamos en nombre de Jesús”* (Jn 15, 16). Nos anima a que nos atrevamos a hacer un gesto de Fe: *“Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre: pedid y recibiréis”* (Jn 16, 24). Durante su vida pública, Jesús escuchó las numerosas peticiones llenas de fe que se le hicieron. Entre otros, las de los leprosos (Mt 1, 40-42), de la siro-fenicia (Mc 7, 26-29) y la del buen ladrón (Lc 23, 39-43). Acogió también favorablemente los deseos expresados en silencio. Así ocurrió con los que llevaban al paralítico (Mc 2, 3-5), con la hemorroisa que roza por detrás su túnica (Mc 5, 27-29), la pecadora que lloró en casa de Simón (Lc 7, 37-38). Así como antiguamente, Jesús sabe hoy mejor que nadie lo que necesitamos y está dispuesto a responder a nuestras peticiones y a interceder por nosotros ante su Padre, con tal de que le invoquemos su nombre con fe y perseverancia.

Desde siempre, la oración es un elemento central en la vida de un cristiano. Como el agua, la oración riega y acompaña el crecimiento hasta la maduración y la cosecha. Eso es lo que nos explica la insistencia de numerosos Padres de la Iglesia, sobre su importancia. Para S. Justino<sup>38</sup> el encuentro diario y asiduo con Cristo, abre la puerta de la luz para el cristiano. Orígenes<sup>39</sup> presenta la ‘lectio divina’ - es decir: la lectura orante de la Palabra de

Dios -, como el camino para conocer y amar a Jesucristo, porque cuando llamamos, el Señor nos abre y cuando pedimos, encontramos lo que el corazón busca. (Mt 7, 7) S. Jerónimo, nos propone hacer de la palabra de Dios nuestra compañera de camino y nuestra maestra. Es el único camino para llegar a ser amigo de Jesús: *“Ignorar la Escritura, es ignorar a Cristo”*.<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Camille Focant, Carta a los Filipenses y a Filemón, Cuadernos de Evangelio nº 188, p. 32.

<sup>38</sup> S. Justino, Diálogo con Trifón, 7, 3.

<sup>39</sup> Orígenes, Carta a Gregorio, 4.

<sup>40</sup> Benedicto XVI, Audiencia general, Catequesis sobre S. Jerónimo, el 7 de noviembre de 2007.

En lo que toca a S. Cipriano, nos invita a dejar que nuestro corazón hable cuando nos dirigimos al Señor: *“No tenemos que dispersar nuestras oraciones en palabras informes o enviar a Dios, con palabreo ruidoso, una petición que debería estar envuelta en modestia, porque Dios no escucha la voz sino el corazón”*.<sup>41</sup>

S. Gregorio Nacianceno nos exhorta a rezar incesantemente pidiéndonos que nos acordemos de Dios tantas veces cuantas respiramos. Para él, la oración es el encuentro de la sed de dos: la de Dios y la nuestra. *“Dios tiene sed de nuestra sed de Dios”*.<sup>42</sup> S. Gregorio de Nisa considera la oración como lugar de purificación del corazón para ser fiel a nuestro compromiso cristiano. *“Por la oración, logramos estar con Dios, ... Es el sostén y la defensa de la castidad, frena nuestra cólera; apacigua y controla nuestro orgullo. La oración es la guardiana de la virginidad, la protección de la fidelidad en el matrimonio y la esperanza para los vigías”*.<sup>43</sup>

Para S. Agustín, Cristo *“ruega por nosotros, como nuestro sacerdote, ruega en nosotros como nuestra cabeza, y nosotros le rezamos en cuanto que Él es nuestro Dios. Reconocemos pues en Él nuestra voz y su voz en nosotros”*.<sup>44</sup> S. Benito, define la oración como un acto de escucha<sup>45</sup> del Señor en su Palabra.

Juan M<sup>a</sup> de la Mennais parte de la convicción de que todo cristiano está llamado a hacer de su vida una oración incesante (1 Tes 5, 17). ¡Gran desafío! ¿cómo es posible? Para corroborar su consejo, afirma que *“la oración no es más que amor, y el amor es la más hermosa - por ser la más perfecta - de las oraciones”*.<sup>46</sup> Si alguien está verdaderamente enamorado, su vida se impregnará de esta pasión y ese amor dará color y sabor especiales a lo que es y a lo que hace.

Para nuestro Fundador, rezar, es vivir la comunión de amor con la persona de Jesús, de tal que nuestras oraciones estén íntimamente unidas a las suyas, y que no formemos más que una sola voz con Él.<sup>47</sup> Y si, con el tiempo, esta pasión amorosa pierde fuerza e intensidad, él nos propone dos medios para *“reavivar el fuego del amor divino: el ejercicio de la presencia de Dios y la meditación de la pasión de Cristo”*.<sup>48</sup>

<sup>41</sup> S. Cipriano, La oración dominical, 4.

<sup>42</sup> S. Gregorio Nacianceno, Discursos 27, 4.

<sup>43</sup> S. Gregorio de Nisa, Sobre la oración dominical, 1.

<sup>44</sup> S. Agustín, Salmo 85, 2.

<sup>45</sup> S. Benito. Regla, Prólogo, 9-11.

<sup>46</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 176.

<sup>47</sup> Marcel Doucet, Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, Antología, p. 138.

<sup>48</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, Carta al H. Hippolyte Morin, 31 de marzo de 1829.

En el camino de la oración incesante, como los enamorados, Juan M<sup>a</sup> nos recomienda el silencio que crea las condiciones de escucha de *“esa palabra interior que nos enseña - según la expresión del profeta – que se derrama en nuestro corazón como un rocío”*.<sup>49</sup> Recomienda la meditación regular de la Palabra de Dios, en especial, la del Evangelio de S. Juan. *“Para conocer mejor a Jesucristo, debemos profundizar en la Escritura”*. Él mismo es quien nos da este consejo: *“debemos leer y releer con un alma ardiente de fe y amor el divino Evangelio del discípulo amado. Debemos meditar cada una de sus palabras, saborearlas y sacarles su dulce gusto”*.<sup>50</sup>

Incluso desea que cada uno tenga un Nuevo Testamento y que cada mañana lea - si no un capítulo - al menos algún versículo.<sup>51</sup> Poner la Palabra de Dios en el centro de nuestra vida y alimentarnos de ella, es el camino que nos propone para llegar a ser cada día más semejantes a Cristo.

Vivir cada vez más *“En modo Familia Menesiana”* es saber pasar tiempo a los pies de Jesús para contemplarle, para adorarlo, para escucharlo y para estar con Él. Es entablar un diálogo de amor con Quien ruega por nosotros, que reza en nosotros y por nosotros. Es entrar, *‘corazón a corazón’* diariamente expresando nuestra sed de Agua viva. Es alimentarnos con frecuencia de la Palabra que sacia, que purifica el corazón, que rejuvenece, que nos introduce paulatinamente en una mayor amistad con Cristo Jesús.

## 6- Para la gloria del Padre.

*“... y que toda lengua proclame: ‘Jesucristo es el Señor’ para gloria de Dios Padre. (Flp 2, 11).*

En el himno a los filipenses (2, 5-11), Pablo presenta a Cristo Jesús como ‘origen’ (Flp 2, 5) y el fin de todo (2, 11). Todo se recapitula en Él *“a la gloria de Dios Padre”* (Flp 2, 11c). En Jesús, Dios desciende a nosotros para conducirnos al Padre. Por consiguiente, Él es Camino: nadie va al Padre si no es por mí (Jn 14, 6) En todo, Él busca la gloria de quien le envió (Jn 5, 44; 7, 18; 8, 54).

En la tradición de la Iglesia, los cristianos han aprendido a dar gloria al Señor por todas las maravillas que lleva a cabo en sus vidas. Él solo es el origen de todo bien y por

ello debemos darle gracias. Eso es lo que celebramos en la Eucaristía. Eso es lo que proclamamos en el canto del Gloria durante la misa del domingo y en las solemnidades. Eso es lo que sobresale en numerosos testimonios de los santos; ellos se esforzaron en consagrar toda su vida a la gloria de Dios. El libro de *‘Las Confesiones’* de S. Agustín, es un himno de alabanza y de acción de gracias a Dios por lo que el Señor ha hecho de maravilloso en su vida, a pesar de sus fragilidades y sus pecados. S. Ignacio de Loyola propuso a la Congregación que fundó la divisa: *“Ad majorem Dei gloriam”* - *“A mayor gloria de Dios”*. Para él, alabar al Señor y servir a los Hermanos constituyen una única y sola actividad. Todo es y todo debe ser realizado a mayor gloria de Dios.

<sup>49</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S I, 485.

<sup>50</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, CG I, 58.

<sup>51</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S I, 603.

Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, por su vida y por sus obras, quiso trabajar por Dios solo. Ése es el significado de nuestra divisa: Dios Solo debe ser la motivación de todo lo que somos, de todo lo que tenemos y de todo lo que hacemos. Así nos invita a releer nuestras acciones, a partir de nuestra opción fundamental: *“¿No hemos perdido todo el mérito con ello? ¿No los hemos ensuciado atribuyéndonos a nosotros toda la gloria? ¿Hemos obrado por Dios Solo?”*<sup>52</sup> Cuando se nos brinde la ocasión, debemos referir nuestro éxito al Señor, fuente de toda gracia, que nos pide ser todo de Dios. Para él, solo una vida configurada en Jesús da verdaderamente gloria a Dios. *“El sacrificio de Jesucristo ha sido total: renuncia a los bienes, a los honores, a las comodidades de la vida, desde la cuna hasta el Calvario, renuncia a su familia para ocuparse de los intereses de la gloria del Padre, ... Eso es lo que tenemos nosotros que imitar”*.<sup>53</sup>

Vivir cada vez más *“En modo Familia Menesiana”* significa ser todo de Dios, hacerlo todo por su gloria a ejemplo de Cristo.

<sup>52</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 615-616.

<sup>53</sup> Juan M<sup>a</sup> de la Mennais, S II, 642.